

RAYMOND ARON: VIVIR EN LA CIUDAD Y HACER LA GUERRA*

*Eugenio Kvaternik***

Resumen: Como Tucídides, Aron nos legó un lúcido análisis sobre los principios y las realidades de la política nacional e internacional. Se abordan aquí, entre otros aspectos del “vivir en la ciudad” y “hacer la guerra”, su visión de las guerras modernas, de la crisis democrática, su concepto de libertad, y la relación democracia/liberalismo, comparando su pensamiento con otros pensadores contemporáneos.

Abstract: As Thucydides, Aron gave us a lucid analysis of the principles and realities of “living in the city” and of “making war”. We address his vision on democratic crisis, his concept of freedom, and the relationship between democracy and liberalism, also highlighting his contributions in comparison with other contemporary thinkers.

* Agradezco a la beca Federico Zorraquín/ ESEADE 2011 que me posibilitó concluir este trabajo. También a Liberty Fund y a Enrique Aguilar, que en noviembre de 2004 organizaron un seminario sobre el pensamiento de Raymond Aron, dándome la oportunidad de comenzar a trabajar en el presente ensayo. También a la DAAD del gobierno alemán y al Instituto Iberoamericano de Berlín y a Peter Birle, que me posibilitaron varias estancias en las cuales pude proseguir este proyecto. Agradezco a Mariana Caro y a Adriana Suárez sus observaciones a las diferentes versiones por las que pasó el texto final, y a Alejandra Salinas, quien encontró para el trabajo un título mejor del que yo había elegido.

** Licenciado en Ciencia Política. Profesor Titular de Ciencia Política (UBA-ESEADE). Correo electrónico: eugenk1942@gmail.com

I. Vivir en la ciudad

Introducción

La primera parte del ensayo explora la visión de Aron sobre las vicisitudes de los regímenes políticos democráticos en general, y las de los franceses en particular. El criterio que guía la interpretación de nuestro autor es la idea de la autonomía de la política, que comienza a partir de una reflexión sobre las relaciones entre el régimen político democrático y la estructura social.

Mucho antes que Lipset (Lipset, 2001), Raymond Aron se interesaba por el vínculo entre la moderna democracia de masas y el conflicto de clases, al poner su énfasis en el vínculo existente entre la competición política pacífica propia de las democracias y la estructura social de una sociedad, afirmando que “a través del régimen de lucha pacífica se ejerce la lucha de clases” (Aron, 1999:105). Pero a diferencia de Lipset –quien, para decirlo en palabras de Giovanni Sartori (1999), practica una reducción sociológica de la política– a partir de la reivindicación de la autonomía de lo político Aron se sitúa en la tradición que ve a la política como una variable formativa de los procesos sociales, es decir, su centro de interés no son las clases sociales sino el régimen político.

Para Aron, la competencia electoral es bastante más que la forma civilizada de la lucha de clases; es el principio esencial del cual se deriva el resto de los atributos propios de la democracia política moderna (1999:43): la existencia de partidos políticos, de una oposición legítima y el respeto de los partidos minoritarios. Estos elementos se refuerzan recíprocamente: la continuidad de la competencia garantiza que habrá oposición, y que ésta no recurrirá a la violencia.

Luego de definir la democracia por la competencia, Aron enuncia –en analogía con Montesquieu– que el principio de la democracia es la aceptación del compromiso. De modo tal que el compromiso y el *fair play* constituyen el fundamento de un sistema de competencia pacífica.¹ Si bien el autor no lo dice expresamente, no es difícil deducir por qué no sólo la existencia de la oposición obliga al compromiso; también la formación de coaliciones,

necesaria para vencer en una elección, obliga a compromisos entre opiniones, intereses diferentes en el seno de un partido, y con más razón si la coalición está compuesta por varios partidos.

Inestabilidad y decadencia en Aron y Huntington

Pero en la competencia pacífica germina también la semilla que conjura los males que pueden azotar a una democracia. A la pregunta clásica ¿cómo se corrompen las democracias? Aron ofrece dos respuestas: se corrompen tanto cuando exageran como cuando niegan su principio (Aron, 1999:117). En analogía con Aristóteles, para quien a cada régimen sucedía su contrario –en palabras de Aron, “exageraba su principio”– también para nuestro autor la competencia política pacífica puede degenerar en su contrario. Como Aristóteles, y también como Pascal, para quien la aplicación exagerada de un principio acaba en el principio contrario (quien crea al ángel, también crea a la bestia, decía el filósofo francés), para Aron la democracia se corrompe por obra de una exageración del espíritu de compromiso.

Fenómeno particularmente visible en los gobiernos parlamentarios fragmentados (como la democracia francesa de la IV República) en estos regímenes, nos dice Aron, llegan al poder los hombres que no contrarían a nadie, agradan al paladar de todos los intereses y todas las opiniones, por más contrarias que éstas sean. Eso es particularmente grave en escenarios de crisis, donde es necesario un líder con temperamento de mando, y dado que el sistema de compromiso produce temperamentos conciliadores, carece del mínimo de autoridad necesario a cualquier gobierno.

La segunda manifestación de la corrupción del espíritu democrático, fruto también de la perversión del espíritu de compromiso, se manifiesta en la relación entre gobernantes y gobernados. Aron hace suyo el argumento de Platón, para quien la corrupción ocurre cuando “los gobernantes se parecen a los gobernados y viceversa, o lo que es lo mismo, cuando los gobernantes pierden el sentido de la autoridad y hacen la corte a los gobernados”,² es decir, cuando quienes deben mandar se comportan como quienes deben obedecer, y quienes deben obedecer mandan. Un aspecto importante “de esta transformación de

los gobernantes en gobernados y viceversa, es el respeto exagerado a los intereses privados, cosa que también es un ejemplo típico del exceso de espíritu democrático” (Aron, 1999:123), lo que da lugar a un verdadero gobierno de intereses privados, o sea, a la ausencia de un gobierno propiamente dicho. En un régimen de competencia pacífica todos los grupos e intereses se organizan para defenderse, y si todos los intereses terminan por ser defendidos, se llega a la corrupción total de la democracia: la imposibilidad del cambio o de la acción, en una palabra, la imposibilidad de gobernar.

Quienes están familiarizados con la teoría de la inestabilidad política de Samuel Huntington (1968) reconocerán en esta descripción varios de los procesos y atributos de lo que este autor denomina “pretorianismo”. Huntington acude al ejemplo de la Roma imperial del siglo II d.c., cuando la guardia pretoriana vendía la dignidad imperial al mejor postor, como ejemplo de un caso extremo de la colonización del interés público por un grupo privado. Pero en Huntington el poder de los grupos privados no sólo vacía a las instituciones de su condición de depositarias del interés general, disuelve también las relaciones de autoridad porque los gobernantes obedecen y los gobernados mandan, sin importar si los gobernados son la multitud, los individuos aislados o los grupos de interés. En este escenario la violencia acaba por convertirse en la moneda principal de las transacciones políticas, dando lugar a una arena hobbesiana de grupos enfrentados entre sí. Huntington sostiene que en la arena pretoriana “los grupos actúan desnudamente en la arena política con los medios que le son propios: los militares dan golpes, los sindicatos hacen huelgas, los estudiantes protestan, los ricos corrompen” (Huntington, 1968:196).

El análisis de Aron es más blando que el de Huntington, pues a diferencia de éste no contempla la violencia como dato clave de la política pretoriana, pero al igual que éste detecta en la debilidad del Ejecutivo las causas de la “decadencia” de la III República y la “corrupción” de la IV. Aron no descubre la etiología de la decadencia en el exceso de movilización, como postula Huntington, sino en el exceso de competencia electoral. También con anterioridad a Huntington, ve en la autonomía de las instituciones respecto de los intereses privados la clave del secreto de las demo-

cracias que perduran. A tal efecto, y puesto que la competencia electoral conduce a una primacía del interés privado sobre el público, para preservar este último Aron ofrece su propia receta de autonomía institucional, proponiendo sustraer algunas instituciones del influjo de la competencia electoral. El antídoto a los males que se derivan de la exageración del principio del compromiso y del exceso de la competencia, lo ofrecen las democracias que han logrado mantener un número suficiente de instituciones fuera del sistema de competición. Una monarquía constitucional, una administración no politizada, instituciones sustraídas al espíritu de partido, una prensa que no sea sistemáticamente partidista: tales son los medios a través de los cuales se disminuyen los riesgos de la corrupción de la democracia (Aron, 1999:126).³

La diferencia básica entre estas dos visiones es que mientras Aron analiza las causas de la decadencia en la política democrática, Huntington se ocupa de las consecuencias y los desafíos que la movilización –este fenómeno universal de la política de masas– tiene sobre cualquier tipo de régimen, sea o no democrático. El vínculo entre debilidad institucional y movilización se manifiesta en los movimientos de masas totalitarios en la crisis política de la República de Weimar, en la debilidad de las instituciones tradicionales frente a la movilización generada por las revoluciones anticoloniales en los países de Asia y África; en la crisis institucional que tiene por efecto a los golpes militares y como causa la movilización populista en América Latina, y en el desafío de la movilización de los negros, las mujeres, los grupos estudiantiles y los movimientos en favor de la reforma política en los Estados Unidos en la década del sesenta (Huntington, 1981).

En contraste, para Aron, la movilización campesina o urbana no juega rol alguno a la hora de explicar la caída de los tres monarcas en la Francia del siglo XIX (Luis XVI en 1791, Carlos X en 1830 y Luis Felipe en 1848), como tampoco en el mantenimiento de la III República entre 1780 y 1940, ni la caída de la IV en 1958. Las masas campesinas habían votado en sentido conservador en las dos elecciones libres con sufragio universal, en 1848 y 1871: “la masa campesina aceptaba cualquier régimen siempre que las conquistas de la revolución no fuesen cuestionadas” (Aron, 1957:140).

Siguiendo a Tocqueville (1992), para Aron son las querellas entre las elites francesas, a las cuales el sistema censitario reservaba el derecho de voto, las que explican el fin de la Restauración en 1830 y de la monarquía burguesa en 1848: “los campesinos podrían haberse puesto de acuerdo entre ellos; republicanos, legitimistas y bonapartistas jamás” (Aron 1957:141).

Manifestación de las dificultades que tuvieron para enraizarse a lo largo de dos siglos todos los regímenes en Francia, Aron señalaba que paradójicamente el propio monarca solía ser el principal factor que impedía el arraigo del régimen. En efecto, frente a las rebeliones de 1789 y 1848 los reyes se negaron a emplear al ejército en contra de los rebeldes. Fenómeno aún más asombroso cuando se contrasta la debilidad de Carlos X en 1830 y de Luis Felipe en 1848, frente a la fortaleza y el vigor de los republicanos en 1848 y 1871 (Aron, 1957:140).

Aron generaliza y se hace eco para todos los casos de la afirmación de Tocqueville sobre el rol que tuvo el rey Luis Felipe en la caída de la monarquía burguesa en el año 1848.⁴ En su contraste entre las monarquías y las repúblicas, la división de las elites y la actitud del monarca eran la razón suficiente de la crisis de las primeras, mientras que por el contrario las movilizaciones urbanas no lograban tumbar a las segundas, y contribuían menos a reformar las instituciones que a cristalizar sus vicios (Aron, 1957:141).

A pesar de su capacidad de movilización y de sus éxitos electorales, los movimientos de masas antiparlamentarios acababan en el fracaso. Así ocurrió con las ligas de la derecha radical en los años treinta, que en la jornada del 6 de febrero de 1934 derribaron al gobierno de Daladier, pero no lograron hacer lo mismo con la República. Otro tanto sucedió con el gaullismo como movimiento de masas. A pesar de su éxito electoral en 1951, el *Rassemblement du Peuple Français* (RPF) –creado por De Gaulle para combatir al egoísmo partidario y la incipiente fragmentación parlamentaria– comenzó a disolverse al año siguiente, cuando en contra de la orden de su fundador, que quería una fuerza pura, sin compromisos ni componendas con los partidos del aborrecido sistema, una veintena de diputados gaullistas votaron a favor de la investidura del conservador Antoine Pinay como Primer ministro.

Señalando el contraste entre los desenlaces exitosos de las rebeliones urbanas en el siglo XIX y su fracaso en el siglo XX, Aron afirma que:

Las revoluciones del siglo XIX fueron la obra de las multitudes parisinas. En otras ciudades de Francia ocurrieron rebeliones que la policía reprimió. Las multitudes parisinas fueron irresistibles cuando los regimenes no se defendían. Contra la República carecieron de fuerza (Aron, 1957:149).

La querrela de las elites es suficiente para tumbar a las monarquías, mientras que la movilización de las masas no alcanza para derribar a las repúblicas. Entonces, ¿cómo y por qué cambian los regímenes en Francia? La respuesta la ofrece la naturaleza del problema: su mayor o menor gravedad distinguen a una crisis de la otra: “la Asamblea cambia de gobierno cuando sobreviene una crisis secundaria, y Francia de régimen cuando la crisis es grave” (Aron, 1958:127).⁵ A partir de esa constatación, Aron nos ofrece su visión de la crisis y el cambio en un régimen democrático.

Como ya mencionamos, la segunda causa de la corrupción de una democracia ocurre cuando ésta niega sus principios, es decir, cuando los enemigos de la democracia se hacen más fuertes que sus partidarios (Aron, 1958:117-128).⁶

En *Espoir et peur du siècle* el pensador francés introduce a modo de prólogo los argumentos que luego desarrollará en forma sistemática en su texto *Démocratie et totalitarisme*.⁷ La crisis de la IV República Francesa fundada en 1945 es el objeto que concentra su atención, pero como su reflexión es teórica y generalizadora incorpora la crisis de la república de Weimar, el primer caso de crisis de una democracia de masas que Aron vivió y analizó como estudiante en Alemania (Aron, 1993).

Las dos variables independientes que, según Aron, explican la crisis democrática son: 1) la falta de arraigo o baja legitimidad del régimen. En el caso de Francia, ninguna de las sucesivas monarquías o repúblicas fue aceptada como legítima por el conjunto de la población (1965:160-172) y, 2) la inestabilidad y la ineficacia de los gobiernos (Aron, 1965:Cap.8).

La historia francesa con sus cuatro repúblicas, sus dos imperios y sus dos monarquías es un ejemplo evidente de que ninguno de esos regímenes logró arraigar y consolidarse:

Ningún régimen francés, desde hace casi dos siglos, ha arraigado jamás en el suelo y en la conciencia de Francia, al punto de resistir una crisis nacional. La incertidumbre de la opinión francesa sobre el régimen legítimo tiene como consecuencia inevitable, cada vez que el país debe resolver un problema difícil, la puesta en cuestión de la organización de los poderes públicos (Aron, 1965:366-67).

Por otro lado, el funcionamiento o fracaso de un régimen democrático se planteaba además en el plano de la eficacia, o sea de su capacidad para resolver los desafíos que enfrenta (Aron, 1997a:158).⁸ Desde su punto de vista, la IV República sucumbió al no resolver la crisis de Argelia; pero no porque no supiera conservar la posesión colonial, sino porque no supo desprenderse de ella.⁹

Quien esté familiarizado con el paradigma de la crisis democrática de Juan Linz (1978), reconocerá en estas tres variables de Aron una anticipación del esqueleto del paradigma de la ruptura democrática desarrollado por el autor español.

¿Acaso otro régimen político con instituciones menos desacreditadas hubiese logrado evitar la crisis? Tres años antes del fin de la IV República, en *El opio de los intelectuales* Aron había escrito que, a menos que se considere la incapacidad de actuar como la suprema virtud del Estado, nadie podría aprobar la IV República (Aron, 1991b:75).

En 1948 el pensador francés había adherido al RPF porque lo veía como la respuesta necesaria e inevitable a una crisis y a una amenaza: la crisis era la de una democracia parlamentaria en la edad de las masas, cuyos datos nuevos eran la fuerza de los grupos de interés y de los sindicatos, y la economía dirigida, mientras que la amenaza provenía del totalitarismo comunista. Conjugando la pasión y la razón de su condición de “observador comprometido”, afirmaba que si el RPF no hubiera existido, habría que haberlo inventarlo (Aron, 1948:226-236).

La gravedad de la crisis de la IV República a pocos años de su creación era tal que Aron la comparaba a las crisis que atravesó la III República. Frente a las crisis políticas o económicas, el juego de los grupos centristas que oscilaban en el parlamento de un lado a otro se suspendía a favor de un Poincaré o un Clemenceau:

La tregua parlamentaria y el llamado a un salvador pertenecían a las reglas no escritas de la III República. Lamentablemente entre las dos guerras después de la desaparición de Poincaré ningún salvador se hizo presente. La IV República ha llegado ya a este punto, ella necesita de un salvador (Aron, 1948:269).

Para Aron la constitución de un conglomerado formado por los socialistas, los independientes y el MRP –equivalente francés de la democracia cristiana– como una alternativa centrista entre los gaullistas y los comunistas para superar el régimen de partidos existente y crear una mayoría homogénea era una réplica y una imitación del RPF y no tenía futuro. Comparable a la república de Weimar en tanto sistema polarizado entre fuerzas antisistema, Aron vaticinaba que podría tener como desenlace el totalitarismo (es decir, el destino de Weimar) pero mantenía la esperanza de que Francia se reformase a favor del restablecimiento de las instituciones democráticas y liberales, como luego sucedió (Aron, 1948:200,269-270).

Hacia 1958 la crisis política se agravaría debido a la sublevación del ejército en Argelia, aliado del grupo de presión de los colonos franceses.¹⁰ El RPF había desaparecido como fuerza política organizada a partir de 1952, pero ahora en su lugar y frente a la sublevación se hacía presente el salvador, De Gaulle, como Aron lo había pedido y vaticinado diez años antes. El cambio en las circunstancias políticas francesas entre 1948 y 1958, de la amenaza comunista al golpe de Estado, reafirmó las expectativas de Aron respecto de De Gaulle. Lo expresó con claridad en el prólogo escrito en 1959 para el ensayo *El político y el científico* de Max Weber:

En circunstancias trágicas, cuando está en juego la vida de la nación, o la constitución ha de ser restaurada, los pueblos desean seguir a un hombre

al mismo tiempo que obedecer a las leyes. Es entonces cuando se impone el demagogo, el que la República romana llamaba el dictador y los actores políticos del pasado conocían como el legislador. En los momentos críticos, los regímenes vivos hacen surgir a las personas capaz de salvarlos (Aron, 1975:44).

Literalmente, Francia encontró a De Gaulle cuando estaba en juego la vida de la nación, luego de la derrota de 1940 y la ocupación alemana, y cuando en 1958 hubo que restaurar la constitución y hacer cumplir las leyes.¹¹

Hasta aquí expusimos el pensamiento de Aron sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas, ilustrando su opinión sobre las causas y efectos de la inestabilidad política, especialmente el caso francés. Sin embargo, además de interpretar la realidad histórica que le tocó vivir, Aron supo analizar también con lucidez las ideas que nutren a la democracia liberal, y las tensiones conceptuales en torno a la pluralidad de realidades y valores que la caracterizan. De ese análisis nos ocuparemos en las próximas dos secciones.

El concepto de libertad: contrapunto entre Aron y Hayek

La definición de las nociones de liberalismo y democracia presupone, valga la redundancia, una determinada concepción de la libertad. Para ilustrar la posición de Aron frente a estas cuestiones, nada mejor que recurrir a su comparación con Friedrich von Hayek, pues nuestro autor nos brinda su definición de la libertad en un contrapunto con el pensador whig (así denomina Hayek a su filosofía para diferenciarla del equívoco que genera la palabra liberal, por su asociación a los liberales norteamericanos proclives a la intervención estatal).

Para Hayek, la libertad es un “estado en el cual una persona no está sometida por la coerción a la voluntad arbitraria de otra o de otros” (Hayek, 1990:11). Esta acepción se conforma al significado original del término, según el cual los hombres se dividen en libres y no-libres o esclavos. Mientras los primeros actúan de acuerdo a sus propias decisiones y planes, los segundos

lo hacen sometidos a la voluntad de otro. Actuar de acuerdo a sus propios fines y no conforme a las necesidades creadas por aquellos que buscan obligarlos a hacer lo que ellos quieren, supone para Hayek que el individuo tenga asegurada una esfera privada, un conjunto de circunstancias en su entorno dentro de las cuales los otros no pueden interferir.

La libertad se entiende como una relación de una persona con otras personas, y no se aplica a entidades colectivas, como cuando se habla de la libertad de un pueblo que se sacude del yugo extranjero. Frente a ella, la coerción por otros hombres es la única forma a través de la cual se infringe y limita esa libertad (*Ibid.*, 1990:12-14).

A la objeción de que esta visión de la libertad es puramente negativa, Hayek responde que la libertad pertenece a la misma clase de conceptos que también se definen por la negativa, como la paz (ausencia de guerra), la tranquilidad y la seguridad. La libertad describe la ausencia de un obstáculo particular—la coerción ejercida por otros hombres— y se vuelve positiva sólo a través del uso que de ella hacemos (*Ibid.*,1990:19).

Desde este punto de vista, la libertad es una sola, y las diferencias y variaciones son de grado (puede haber más o menos libertad), pero no de calidad (libertad de y libertad para) (*Ibid.*,1990:12). No habla de libertad “interior” o metafísica, pues lo opuesto a la libertad interior no es la coerción por otros hombres, sino la influencia de emociones temporarias o la debilidad moral e intelectual (*Ibid.*,1990:15). Tampoco confunde la libertad individual con la “capacidad de hacer lo que quiero”, según él esta idea de la libertad como omnipotencia está en las antípodas de la libertad individual. Según Hayek, una vez que se pasa a identificar la libertad con poder,

No hay límites a los sofismas por los cuales la palabra ‘libertad’ puede ser usada para apoyar medidas que destruyan la libertad individual. Así no hay fin a las argucias por las cuales la gente puede ser exhortada a ceder su libertad en nombre de la libertad (*Ibid.*,1990:16-17).

También para Aron esta visión negativa consistente en la no-coacción y la existencia de una esfera privada ajena a la interferencia de otros

individuos; junto con la obediencia a reglas despersonalizadas, constituyen requisitos fundamentales y necesarios de la libertad. Pero estas dos ideas no alcanzan, según él, para definir una filosofía de la libertad, y ni siquiera para precisar en nuestra época las normas de una sociedad libre (Aron, 1997:210).

En lugar de diferenciarlas de manera tajante como lo hace Hayek, para Aron los diferentes significados de la palabra libertad se emparentan. El uso corriente del término libertad “revela generalmente un *parentesco* entre fenómenos que por diferentes que sean en *aparición* se designan con la misma palabra” (Aron, 1991:85, cursiva nuestra). En otros términos, comparando las diferentes nociones de libertad, Aron nos dice que las semejanzas son mayores que las diferencias. Por un lado, se encuentra la libertad efectiva (medida según la definición de Hayek) y por el otro el sentimiento de libertad: una no coincide y no es proporcional a la otra. Para Marx, los proletarios no poseían un sentimiento de libertad al estar privados del poder mínimo necesario, sin el cual el derecho a escoger, se vuelve ilusorio. De la misma manera, para los argelinos la libertad que les aseguraba la ley francesa no alcanzaba a superar el sentimiento de humillación que les provocaba la discriminación. Por ello en cada época el *sentimiento de libertad* depende más que nada de *una* circunstancia (énfasis de Aron, 1997:211).

Para Aron es difícil concebir individuos libres en un pueblo que no es libre. La libertad de un pueblo no es condición suficiente de la libertad de los individuos –como correctamente sugiere Hayek y lo confirman los despotismos post-colonizadores–, pero sí su condición necesaria, como sugiere el pensador francés. Además del caso argelino, Aron veía el parentesco entre los diferentes significados de la libertad en las revoluciones burguesas de 1848 y en los levantamientos contra la dominación comunista en Hungría y Polonia en 1956. Estas últimas, al igual que sus antecesoras del siglo XIX eran nacionales, sociales y liberales: eran nacionales porque el régimen servía a una potencia extranjera, la Unión Soviética; sociales por la explotación a la que los sometía el Partido Comunista; y liberales por la reivindicación de las libertades civiles y políticas, en contra del despotismo (Aron, 1991:60-61;95-96).

Esta distinción/oposición entre libertad efectiva y sentimiento de libertad es el hilo conductor de su reflexión sobre la naturaleza de la libertad en la sociedad occidental de los años sesenta, donde la democracia liberal y el Estado-benefactor emparentan, para decirlo en sus términos, las *libertades formales* y las *libertades reales*, ya que las libertades personales “no alcanzan para dar un sentimiento de libertad, menos aún una libertad efectiva de forjar su destino a aquellos que viven de un salario inseguro” (*Ibid.*:56). En nuestra época, dice, el sentimiento de libertad es incompleto si a las libertades formales o personales, no se agregan las reales, entendidas como la libertad de la necesidad y del miedo (*want and fear*). Esta definición se aparta en dos aspectos de la noción clásica de libertad: en primer lugar, porque entiende que, de acuerdo al credo de las sociedades modernas, “ninguna condición social debe considerarse independiente de la voluntad racional del hombre” (*Ibid.*:67). Esta libertad de la necesidad y del miedo, del hambre y la guerra, fue ignorada por los *Founding Fathers* americanos o por Tocqueville, para quienes el hambre y la guerra pertenecían al ritmo de la existencia humana. Para ellos, el ataque a la libertad provenía exclusivamente de un gobierno sin límites, o el de un hombre corrompido por el exceso de poder (*Ibid.*:64-65). Lo que antes era fruto del destino o de las circunstancias, deviene ahora fruto de la voluntad humana.

En segundo lugar, de este supuesto inicial se deriva que la noción de libertad real equipara la libertad a la capacidad de hacer algo, y al mismo tiempo, la falta o ausencia de libertad a la incapacidad de hacerlo. Inicialmente Aron concede que *ser libre de hacer algo* y *ser capaz de hacer algo* (énfasis nuestro) son nociones radicalmente opuestas. Nadie nos impide ser millonarios o convertirnos en presidentes de nuestro país, somos libres de hacerlo aun cuando la mayoría de nosotros no sea capaz de serlo. Una vez aceptada dicha distinción, Aron cita a Herbert Spencer, para quien la ausencia de un sistema de escuela pública, es decir gratuita, no afecta la libertad de un chico de adquirir una educación y desarrollar sus facultades, incluso si los padres no son capaces de pagarle la educación (*Ibid.*:211). De acuerdo a este razonamiento, en una sociedad que carece de escuela gratuita, el obrero que carece de recursos para educar a sus hijos, no debe ser considerado como

no-libre. Simplemente carece de los medios necesarios, no es capaz de hacerlo, de la misma manera que yo no puedo afirmar que soy no-libre por no ser millonario, simplemente no soy capaz de serlo, a pesar de que soy libre para lograrlo.

Las cosas cambian, empero, una vez que se admite que la incapacidad se debe a la intervención de otras personas: a partir de ese momento la incapacidad se convierte en no-libertad (*unfreedom*) y la no-libertad se confunde con la no-capacidad (*Ibid.*:210). De ahora en más, la incapacidad para educar a los hijos equivale a la no-libertad, porque un hombre privado del pan de la instrucción “no es víctima de las cosas sino de los hombres” (*Ibid.*1:64-65). Aquí aparece con nitidez su ruptura copernicana con Hayek, para quien el peor ataque a la libertad individual es el que la identifica y equipara con la libertad entendida como poder o capacidad, pues ello conjura inevitablemente una extensión de la esfera del Estado.

Aron arriba a la síntesis entre libertades formales y las reales a través de un diálogo con Marx y Tocqueville: uno y otro creían en la libertad, uno y otro tenían por objetivo una sociedad justa. Mientras Tocqueville abandona a sí misma la actividad económica regulada por las leyes, y teme que los individuos pierdan la libertad-independencia y la libertad-participación, Marx ve en la actividad económica la fuente de la servidumbre. Por lo tanto, mientras para el primero la condición de la libertad era el régimen representativo, el segundo la encuentra en la revolución económica y social (*Ibid.*:49). Relativizar –como hacía Marx– las libertades formales, la libertad de palabra, la libertad de escribir, de elegir autoridades, en razón de que en la existencia real el individuo se encuentra sometido a la tiranía de la necesidad y al poder del patrón, no debe llevar a la falsa conclusión de que las libertades reales son un lujo de los privilegiados (*Ibid.*:56-57).¹² En cambio, según Aron, Tocqueville veía en la historia un proceso que iba de la igualdad social a la igualdad política, y de ésta a la repartición de los ingresos; de la democracia política al Estado de bienestar; de las libertades formales a las libertades reales (*Ibid.*:51).

Al reflexionar sobre la revolución húngara de 1956, Aron daba la razón a su idea de que el sentimiento de libertad depende de las circunstancias, y mostraba sus diferencias con el contenido de la libertad en Occidente. Revo-

lución anticlimática, victoriosa contra el régimen estalinista de Rakosi, pero vencida por los tanques soviéticos, Aron resaltaba más sus rasgos nacionales y liberales, que sus aspectos económicos. Los revolucionarios no querían devolver sus propiedades a los terratenientes o a los capitalistas, pero el campesino seguía apegado y reivindicaba la tierra a pesar de la colectivización, y la nacionalización del comercio era un error desde el punto de vista técnico (*Ibid.*:56-57). En Hungría, las libertades formales eran las libertades reales. Para Aron, la revolución húngara fue la que más se acercó a la que soñó Marx en 1843: “la filosofía es la cabeza de esta emancipación, el proletariado será su corazón”. En Hungría, son los intelectuales los que ponen en movimiento la revuelta y los obreros que se lanzan a las calles ponen fin al régimen estalinista (*Ibid.*:54). Cabe señalar, entonces, las dos lecturas de Aron: en Occidente, donde hay libertad, el escritor nos revela su naturaleza; en el bloque soviético, donde no la hay, nos revela su aspiración.

Volviendo a su reflexión sobre el liberalismo de Hayek, Aron sostenía que, al igual que Tocqueville, el pensador *whig* es demócrata porque es liberal, y no a la inversa (*Ibid.*:123). Siguiendo con esta idea podemos sostener que, mientras que del otro lado de la cortina de hierro Aron es un liberal *tout court* que no necesita ser socialdemócrata, en Occidente es socialdemócrata porque es liberal, y no a la inversa. En otras palabras, en Europa Oriental Aron es un *whig* como Hayek: la libertad se identifica con el fin de la coerción. Nuevamente, son las circunstancias las que definen el contenido de la libertad: los intelectuales y obreros húngaros que reivindican la libertad de prensa y el pluripartidismo son *whigs* para quienes la libertad equivale al fin de la coerción.

Derrotado el fascismo, el comunismo era para Aron –como bien señala Pierre Manent– el enemigo por excelencia, no sólo de la democracia, sino también una amenaza mortal para la civilización y la humanidad (Manent, 1983). Pero, según su costumbre, la razón no está oscurecida por la pasión del momento, sino al servicio de la convicción permanente. Por ese motivo, incluso en sus escritos más polémicos como *El opio de los intelectuales*, Aron nos regala una universalidad que lo sitúa más allá del contexto y de la polémica sobre la guerra fría.

El liberalismo de Aron es un liberalismo que se defiende, pero no es un liberalismo a la defensiva. A diferencia de otros grandes pensadores como Carl Schmitt, Aron tenía en claro que el conflicto posterior a 1945 no era entre el comunismo y el anticomunismo, sino entre la democracia y el totalitarismo. Por ello –tal como desarrollaremos más adelante– la guerra fría no era para él una guerra sino una diplomacia que ocasionalmente recurría a la violencia.

La discusión con Hayek en torno al contenido de la libertad, con su ilustración a través de las circunstancias históricas del *Welfare State* occidental y de los regímenes comunistas de los años ‘60, constituye la prueba de que, en palabras de J.C. Casanova (1983), el liberalismo de Aron era más filosófico e histórico que institucional.

Aron y Sartori sobre libertades personales y democracia electoral

El pensamiento de Aron destila además otros temas que dominan el debate en la teoría política contemporánea, a saber: a) las relaciones entre las libertades personales y la democracia electoral, y b) las relaciones entre el liberalismo político y el liberalismo económico.

En relación al primero, el Aron de los años ‘60 era optimista: creía en la compatibilidad entre la libertad formal y la real, tal como sucedía en las naciones avanzadas de Occidente. Era más pesimista en cuanto a los vínculos entre libertades personales y la democracia electoral en los países nuevos. Veamos porqué.

Aron habla de la libertad como seguridad, que consiste en el goce de los derechos reconocidos a todos los ciudadanos por las leyes y libertad política de participar en la competencia por el ejercicio del poder. Estaba claro para él que la libertad-participación no garantizaba la libertad-seguridad, es decir, el respeto por los derechos personales. Puede existir una sociedad donde se vote libremente, pero donde se vaya a prisión por crímenes difícilmente definibles (Aron, 1975:76-78).

Haciendo un balance sobre el estado de la democratización en la primera mitad del siglo XX, afirmaba que la competición electoral había hecho

grandes progresos, mientras que el respeto por las libertades personales había ido en regresión. En efecto, ya a comienzos de los '50 advertía que los occidentales se distraen introduciendo regímenes electorales en Indonesia, Egipto, la India y otros países donde coexisten las urnas con las ametralladoras (*Ibid.*:78).

De todos modos Aron era consciente que, aun si en las modernas democracias de masas la participación electoral no era una condición suficiente de la libertad personal, sí era una condición necesaria. En las sociedades modernas, la alternativa de un *Rechtstaat* como algunos regímenes tradicionales del pasado, donde se respetan las libertades individuales pero no la libertad política, era inviable.¹³ Inevitablemente, la suspensión de la participación política llevaría a la suspensión de la libertad personal (*Ibid.*:81).

La inviabilidad de dar marcha atrás en materia de libertades políticas surgía del dinamismo económico del sistema de competencia política. Como consecuencia de la industrialización, la educación, la elevación del nivel de vida y la acción de los sindicatos, la acción propia del sistema de competición tiende a acentuar la evolución de las sociedades industriales en sentido igualitario: “las sociedades industriales, con la democracia política desarrollan una suerte de obsesión por los problemas económicos” (Aron, 1999:149). La razón de la obsesión consiste en que “el sistema de competición comporta el afán de los candidatos por convencer a los electores de los beneficios que obtendrán si los candidatos son electos. El lenguaje de los intereses parece ser cada vez más, el único lenguaje que el candidato se atreve a usar” (*Ibid.*:150).

Las reflexiones de Aron de los años '50, recobraron actualidad con motivo de las democratizaciones de la tercera ola y de la introducción de la democracia en países que no la habían conocido. Así, al preguntarse cuán lejos puede viajar el gobierno libre, Giovanni Sartori ataca la misma cuestión. Para Sartori, la *libertad de* –la ausencia de constricción externa– y su instrumento, el constitucionalismo liberal, pueden ser exportados e implantados en cualquier tipo de suelo. Tanto los ciudadanos de un país rico como los pobres de un país atrasado tienen y comparten la necesidad común a todo individuo

de la protección contra la arbitrariedad (Sartori, 1995:101-102). Aron, en cambio, estaba menos convencido de que el liberalismo pueda ser importado, ya que es una tradición o una supervivencia más que un producto de importación. Pero ambos autores concuerdan en lo que no puede ser importado: el espíritu de compromiso. Sartori encara el problema del compromiso democrático a partir del desafío contemporáneo del fundamentalismo religioso: el compromiso es imposible por definición cuando la política se mezcla con la religión, ya que la intensidad religiosa convierte a la política en una guerra. La condición necesaria del compromiso es la secularización. De donde se puede concluir, que dado que la secularización es un producto de la evolución interna de una sociedad, tanto su importación como la de su retoño, el compromiso, no sean factibles.

Finalmente, ambos coinciden en que el liberalismo y la democracia son aspectos diferentes de la vida política, pero que no pueden ser separados. Hemos visto que para Aron la vuelta a un *Rechtstaat* del pasado donde se respetan las libertades civiles pero no las políticas era inviable, dado que la limitación de la participación política llevaría a la suspensión de la libertad personal. Sartori, en cambio, abre una avenida intermedia: el dilema no es entre el retorno imposible a un Estado predemocrático o una democracia de baja calidad, sino entre una democracia con *rule of law* y menor inclusión electoral, o una con mayor inclusión electoral pero con mayor inseguridad jurídica. La primera, afirma Sartori, es mejor que la segunda (*Ibid.*,104).

Liberalismo político y liberalismo económico

Se ha afirmado con razón que, al no sucumbir a la ideología (tentación por así decir, consustancial a la reflexión política), Aron jamás fue un liberal doctrinario, un fanático de la abstracción denominada mercado (Manent, 1983:47). A pesar de ser cierta, esta afirmación no deja de ser equívoca, pues el gran pensador francés fue un observador atento del “dinamismo económico del sistema de competición política” (Aron, 1975:149) Su libertad no era ni la de Milton Friedman (sinónima a la del consumidor cuando elige un

producto) ni su idea de los derechos del individuo y del ciudadano se inclina hacia una sociedad por acciones a la Robert Nozick (quien tolera una sola forma de Estado, el mínimo).

Más arriba hemos mencionado que, describiendo al Estado benefactor y sus regulaciones económicas y sociales a favor de los asalariados, fruto de la fuerza de los partidos obreros y sindicatos, para Aron las sociedades democráticas industriales tienen una obsesión por los problemas económicos, y que el lenguaje de los intereses parece ser el único lenguaje que los candidatos se atreven a usar. En una afirmación que suena como una anticipación de la teoría olsoniana¹⁴ que relaciona la estabilidad y ausencia de amenazas con la proliferación de los grupos de interés, nuestro autor nos dice que cuando las democracias se desarrollan con tranquilidad, cuando no cuentan con enemigos, tendrá más ventaja quien lleve las mejores promesas a los grupos de interés (*Ibid.*:159).

Pero al amortiguar los choques de la competencia económica, Aron llega a la conclusión de que “la competición por el poder, o sea, la democracia política, parece, a la larga, incompatible con el liberalismo económico”, y que el mayor error de los liberales ha sido “haber pensado que el liberalismo político y el económico irían a la par”. De esta manera y dando razón así al pensamiento socialdemócrata, argumenta que el liberalismo político definido como el sistema electoral parlamentario de competencia por el ejercicio del poder “lleva de manera casi fatal, a un sistema de economía en parte dirigida, y en parte socialista” (*Ibid.*:151).

Para Aron, “el funcionamiento de una economía liberal apenas tendrá lugar en un sistema de competición pacífica por el poder con organización de grupos de interés” (*Ibid.*:152). Su visión anticipa los argumentos de la escuela del *Public Choice* que, en autores como James Buchanan y Mancur Olson, señala el impacto nocivo de la fuerza de los grupos de interés sobre el funcionamiento del mercado. Contradicción que en los años ‘80 –es decir treinta años más tarde y con motivo de la crisis del *Welfare State*– cuestionó de manera momentánea la viabilidad del compromiso entre el capitalismo y la democracia o, como diría Bobbio (1987), entre el movimiento obrero y el capitalismo maduro. En parte porque no fue un liberal doctrinario, y en parte porque del

clima optimista de los años '60 no extrae pronósticos negativos, Aron consideraba esos procesos e instituciones como mecanismos idóneos para garantizar las libertades reales. Como hemos visto, el contenido de la libertad tenía para él un componente necesario –la ausencia de coerción– y otro componente que varía según las circunstancias. Al morir antes del debate de los años '80, queda sin respuesta cuál hubiese sido para nuestro autor el contenido de la libertad en las nuevas circunstancias de la crisis del Estado benefactor. Pero atento como era Aron a las circunstancias para definir el contenido de la libertad no podemos descartar que hubiese definido el contenido de la libertad en dirección a un menor intervencionismo estatal, una mayor libertad para los mercados y un menor poder de los grupos de interés en aras de la elección individual.

Para Aron el apogeo del *welfare state* europeo y la promesa prometeica que impulsaba a los nuevos países descolonizados a saltar y quemar etapas para alcanzar la modernidad, era una confirmación de la intuición *a la* Tocqueville, para quien la marcha hacia la igualdad de condiciones era inevitable, mientras que el vínculo entre la igualdad y la libertad era aleatorio. Aron señalaba que ambos procesos expresaban una contradicción: estas sociedades eran democráticas en el sentido amplio que Tocqueville daba a esa palabra, “porque no excluían a nadie de la ciudadanía y tendían a difundir el bienestar”; pero que en revancha “sólo eran liberales por tradición o por sobrevivencia”, si por liberalismo se entiende el respeto a los derechos individuales y los procedimientos constitucionales. La ambición de construir o reconstruir el orden social, respondía más a los sentimientos propios de las elites que a las aspiraciones de las masas, y reflejaba más la ambición marxista que la modestia liberal (1991:71-72).

Estas observaciones a las circunstancias europeas de los años '60 conservan una sorprendente lozanía para entender algunos aspectos de la situación actual de la democracia en América Latina. En contraste con Sartori, para quien el liberalismo o la demo-protección pueden importarse, con los ejemplos de Chile y Uruguay a la vista podemos glosar la visión de Aron de que el liberalismo es una tradición o una sobrevivencia. Sin duda, una tradición puede interrumpirse, pero esto no equivale a que vaya a desaparecer. Con más de cien años de práctica del gobierno constitucional y después de largas

dictaduras militares, ambas naciones han restaurado una tradición, han vuelto a insuflar bríos a una supervivencia. Como Croce dijera de la dictadura fascista en Italia, también Pinochet en Chile y los militares en Uruguay fueron un paréntesis, una excepción a la tradición liberal.

Hasta aquí hemos presentado las ideas de Aron acerca del vivir en la ciudad, resta ahora conocer su visión sobre la guerra.¹⁵

II. Hacer la guerra

Aron y Tucídides

Aron sostenía que para Tucídides, “La política es dialéctica cuando se desarrolla entre hombres que se reconocen recíprocamente [aclaramos, los miembros de una misma ciudad]. Ella es guerra cuando opone a los hombres que, no obstante de reconocer recíprocamente su libertad, se consideran extranjeros unos a los otros, miembros de ciudades, cada una celosa de su independencia total. Simultáneamente nos damos cuenta porque la guerra es la culminación de la política, al mismo tiempo que su negación” (Aron, 1964:116-117). En una analogía que ya había anticipado Thibaudet¹⁶ –para Aron la Primera Guerra Mundial es el equivalente de la guerra del Peloponeso. El miedo que inspira a Esparta –ciudad moderada y conservadora– la pujanza de Atenas –democracia imperialista–, es similar al que inspira Alemania a Francia y a Inglaterra, que temían por sus libertades (*Ibid.*:133-135).

Al estudiar las causas de la Primera Guerra Mundial Aron permanece fiel a su epistemología, que combina el azar con la necesidad. Siguiendo a Cournot, nos dice que todo acontecimiento deriva de varias series de hechos. Las series obedecen a un determinismo estricto, pero su encuentro es casual, fruto del azar. La guerra del ‘14 es el fruto del encuentro de varias series: el asesinato del archiduque Francisco Fernando es el término de una serie, las actividades de los grupos paneslavistas serbios; la otra serie la constituyen la diplomacia de Austro-Hungría en los Balcanes, la de Alemania y la de Rusia. La guerra es a la vez un acontecimiento necesario

y azaroso. La necesidad se manifiesta en las series, y el azar en su encuentro (Aron, 1986:219).

Al considerar las responsabilidades de los diferentes Estados en el desencadenamiento del conflicto Aron las reparte casi salomónicamente entre los imperios Centrales que “cometieron los actos que hicieron la guerra posible”, y los Aliados, que cometieron los actos “que hicieron a la guerra segura...”. Por lo cual “todos los interesados quisieron, desearon o al menos aceptaron la guerra” (*Ibid.*:213).

Sin embargo, esta visión desarrollada en 1937 en la *Introducción a la philosophie de l'Histoire* cambia después de la Segunda Guerra Mundial, que lo induce a entender ahora el eslabonamiento de las “guerras en cadena”.¹⁷ Al considerar nuevamente los orígenes de la Primera Guerra, Aron se “obliga a absolver la causa aliada (...) Fue el gabinete de Viena el que tomó la iniciativa que toda Europa reputó de belicosa” (Aron, 1973:9). El asesinato del archiduque austríaco hizo que Austria arrojase el guante a Serbia y su protectora Rusia. Aun cuando se demostrara que la *Entente* –Francia, Inglaterra y Rusia en particular– estuvo demasiado presta en recoger el guante, la mayor porción de la culpa en la secuencia de acciones y reacciones recae sobre los iniciadores (*Ibid.*:9).

Vista así, la guerra fue el resultado de un fracaso diplomático que, unido a la “sorpresa técnica”, convirtió a la guerra en hiperbólica (*Ibid.*:11-14).

Fue la técnica la que impuso la organización del entusiasmo, condenó al fracaso los esfuerzos diplomáticos, echó por la borda la vieja sabiduría diplomática y contribuyó a la difusión del espíritu de cruzada y finalmente produjo una paz que creó la situación de la cual nació la segunda guerra (*Ibid.*:20).

La técnica congeló las hostilidades en una guerra de trincheras, es decir, produjo el salto de la guerra de movimiento a una guerra de posición; la paridad de las fuerzas y la duración de las hostilidades transformaron el conflicto en una carnicería. La movilización civil a favor de la guerra y la introducción de las ideologías, junto al uso de la artillería relajó la distinción entre combatientes y no combatientes de las guerras del siglo anterior. Técnica

de destrucción total, movilización total y cruzada ideológica, son los trazos distintivos de la guerra hiperbólica.

Este escenario lleva a nuestro autor a replantear las relaciones entre responsabilidad y causalidad, introduciendo una nueva variable, la culpabilidad, que no estaba presente en su reflexión de 1937.

Alguien es causalmente responsable, si ha cometido actos que hicieron muy probable cierto acontecimiento. Pero la responsabilidad no equivale a culpabilidad. Alguien es culpable si se dan estas dos hipótesis o situaciones. La primera ocurre cuando el acto se considera inmoral, contrario a las costumbres o excesivo. El ultimátum austríaco a Serbia fue excesivo para las costumbres diplomáticas de la época (Aron, 1996:278).¹⁸ La segunda situación se manifiesta cuando las consecuencias de un acto parecen desproporcionadas con lo que estaba en juego, y el acontecimiento se transforma en una catástrofe de tal envergadura que, visto retrospectivamente, quienes lo causaron aparecen como criminales.¹⁹

Sin duda, dice Aron, al dar carta blanca a Austria para emprender una expedición punitiva contra Serbia, Alemania asumía un riesgo de guerra general. Pero asumir un riesgo de guerra general no implica voluntad de desencadenar la guerra general. Precisamente uno de los tópicos de la discusión sobre los orígenes de la guerra gira en torno a esta pregunta ¿aceptación del riesgo de guerra general o voluntad de guerra general? (*Ibid.*:281-282).

El razonamiento de Aron revela la tensión entre la necesidad de mantener en el plano teórico la distinción entre la aceptación del riesgo de guerra y la voluntad de guerra general, con la dificultad de verificarla en el plano de los hechos. Ante la dificultad para establecer la culpabilidad a partir de las intenciones, pareciera que no queda otra alternativa que hacer el juicio a partir de las consecuencias. La guerra del '14, al poner fin a medio siglo de paz europea y llevar a una paz como la de Versalles, congeló en lugar de cicatrizar los odios entre vencedores y vencidos, y condujo a la crisis de los años '30 y finalmente a la Segunda Guerra Mundial, fue una catástrofe de proporciones históricas que transforma en culpables a quienes la desencadenaron.²⁰

La Segunda Guerra Mundial

Hiperbólica como la Primera, que se originó en una “falla diplomática”, la Segunda Guerra “perfeccionó” sus trazos distintivos: la técnica de destrucción total, la movilización total y la cruzada ideológica. Si en la guerra del ‘14 la artillería había limitado (por no decir destruido) la distinción entre combatientes y no combatientes, iniciada por los alemanes con el bombardeo a París y los gases venenosos, los bombardeos aéreos pusieron fin ahora al respeto a la ciudades abiertas, ante la dificultad de definir las en razón de que la guerra industrial había acrecentado el número de objetivos militares (Aron, 1973:32). A esto se agregó la estrategia aliada de bombardeo indiscriminado de las ciudades a fin de quebrar la voluntad de resistencia de la población alemana. Siempre de acuerdo a la lógica de la movilización total, pero ahora no de la propia población, Hitler recurrió tanto a prisioneros de guerra como a obreros extranjeros para sostener el esfuerzo bélico (*Ibid.*:34).

El espíritu de cruzada que en la Primera Guerra enfrentó las ideas de 1914 del nacionalismo alemán (Mommesen, 1990:207-221) con la autodestrucción de los pueblos del Presidente americano Wilson, enfrentó en la Segunda la cruzada soviético-occidental contra el fascismo con los sueños de dominación continental de Hitler. Por sus consecuencias (la destrucción de toda Europa y la soviétización de una mitad del continente), la Segunda Guerra alcanza la envergadura de una catástrofe aún mayor que la de la Primera. Aron se interroga tanto sobre las estrategias que podrían haber limitado estas consecuencias (un desembarco de los aliados en los Balcanes hubiese impedido la soviétización de Europa Oriental), como por los motivos que conspiraron contra la adopción de tal estrategia.

Pero a diferencia de la primera, donde junto a la sorpresa técnica son las decisiones de los estadistas de los Imperios Centrales las que desencadenan una dinámica de carácter hiperbólico, ahora Aron invierte los vínculos entre las causas y los efectos, y nos dice –a manera de disculpa– que en la Segunda los estadistas aliados “se sometieron pasivamente al dinamismo de la guerra hiperbólica” (Aron, 1973:46). Es la guerra hiperbólica la que

otorgó su impronta a las decisiones de los estadistas occidentales y no al revés. Propagaron el mito de que la Naciones Unidas eran el heraldo de la justicia, y el enemigo la encarnación del pecado. Incapaces de pensar en la paz que viene después de la guerra, tal como sus antecesores de la Primera guerra “pretendían saber la causa por qué luchaban, pero ninguno dijo *para qué* estaba luchando” (*Ibid.*:21).

Error de Roosevelt, quien víctima de la falsa ilusión ideológica de “una democracia teórica, cuyas dos expresiones equivalentes eran el parlamentarismo y el soviétismo”, pero también de Churchill, víctima del error opuesto, es decir, del exceso realista según el cual siempre el enemigo de mi enemigo es mi amigo, “el mismo día en que los Ejércitos alemanes invadieron Rusia pronunció un discurso que automáticamente creó una alianza anglo-rusa” (*Ibid.*:41-42). Finalmente nos dice Aron, los occidentales inseguros frente a los propósitos reales de los soviéticos, deberían de haber respetado el viejo canon de la astucia maquiavélica, que recomienda respetar cierta fuerza al enemigo cuando no se está seguro de un aliado (*Ibid.*: 89). Fue nuevamente esta dinámica hiperbólica –que según Aron es el modo de hacer la guerra de las democracias de nuestra época (*Ibid.*:45)– la razón de esta amnesia del sentido común diplomático. Pero en su perspectiva de las causas de la guerra, es la voluntad de conquista de Hitler la que cataliza la cooperación entre las democracias capitalistas y los soviéticos para derrotar a Alemania. Es decir, la locura de los ingleses y americanos al ayudar a destruir la única barrera contra la expansión del comunismo fue una locura, si bien “una locura fue que el mismo hubiera obligado a los anglosajones a cometerla” (*Ibid.*:40).

A la luz de los párrafos precedentes, si Hitler hizo la guerra “posible”, los Aliados la hicieron “segura”. Entonces, si bien todos aceptaron la guerra, para Aron sólo Hitler es culpable, porque su anhelo de conquista continental desencadenó coaliciones que terminaron en la destrucción y la soviétización de media Europa.

Iniciada con una analogía entre la Primera Guerra Mundial y la guerra del Peloponeso, Aron culmina su reflexión con un eco que recuerda a Tucídides: para ambos, la guerra es a la vez el instrumento y la negación de la política.

Aron y Clausewitz

El título del libro *Clausewitz, penser la guerre* (Aron, 1976) revela que a través de cuáles lentes Aron piensa la guerra. Según el escritor francés, Clausewitz ofrece

Una teoría de la guerra instructiva tanto para las generaciones que vendrán, como para los contemporáneos. Su sueño es el mismo de Tucídides, el *Ktema eis aei*, el monumento edificado, para siempre. De esta ambición se desprende la actitud común al historiador griego y al estratega prusiano: la distancia, el rechazo a la emoción aparente, el esfuerzo por la objetividad total (Aron, 2005:44).

La teoría de Clausewitz es contemporánea de las guerras de maniobra del Antiguo Régimen y las guerras de movimiento de la Era napoleónica. Por su parte, con la aplicación del paradigma del pensador alemán a las guerras de la Edad europea que terminan en 1914, y a las de la Edad planetaria que comienzan con la Primera Guerra Mundial, Aron se convierte en el intérprete “de las generaciones que vendrán”. Su reflexión cubre tanto las guerras de la unificación alemana de Bismarck como la Primera Guerra y la Guerra Fría, pasando por la guerra de guerrillas y las guerras de liberación nacional, y a través de las cuales Aron despliega la virtualidad “del monumento edificado para siempre”.

La guerra absoluta y la guerra real

Según Aron la aproximación de Clausewitz al tipo ideal de la guerra absoluta, tiene su origen en una metáfora que concibe a la guerra como un duelo (*Zweikampf*). En un duelo entre dos luchadores, cada uno de los contrincantes intenta derribar al otro (*Niederwerfen*)²¹ e impedirle prolongar la resistencia. Derribar por tierra a alguno de los luchadores equivale en la lucha entre los Estados a desarmar al contrincante (Aron, 1976, vol.1:110). Esto se puede lograr de dos maneras. La primera consiste en abatir o en aniquilar

al enemigo (*Niederwerfen*) para imponerle la paz; Clausewitz la denomina guerra de aniquilación. En la segunda manera el objetivo es conquistar algún territorio o provincia en las fronteras del adversario para ser usada en las negociaciones de paz; Clausewitz la denomina guerra de observación armada. Según Aron, la primera consiste en vencerlo por K.O y la segunda en vencer por puntos (*Ibid.*:103).

El duelo entre los luchadores, que resume según Clausewitz los rasgos de lo que denomina la guerra absoluta, los condena a ir necesariamente hacia los extremos (*bis zum Äußersten*), a escalar el conflicto. Esto depende de tres factores: la hostilidad, los recursos físicos de los luchadores –la fuerza relativa de cada uno– y los recursos morales, es decir, la voluntad. Por la acción recíproca de la hostilidad, la fuerza y la voluntad, cada uno de los luchadores busca imponer su ley al otro y lleva la escalada hacia los extremos.²²

Luego de bosquejar los rasgos de la guerra absoluta Clausewitz define –a contrario– los rasgos de la guerra real. Verdadero camaleón, la guerra real a diferencia de la absoluta y del duelo entre los dos luchadores, involucra a tres actores: el pueblo, el ejército y el Estado. Singular trinidad en la que el *pueblo* encarna “la violencia originaria propia del fenómeno y que se expresa en el odio y la enemistad, que deben ser vistas como un impulso ciego y natural”; *el ejército y su comandante* encarnan “el juego de las probabilidades y el azar que lo convierten en un libre ejercicio del espíritu”, y *el Estado o el gobernante* evidencian la “naturaleza subordinada propia de un instrumento de la política (...) a través del cual recae en el ámbito propio del intelecto” (Clausewitz, 1972:213).

Aron sintetiza e ilustra la naturaleza camaleónica del fenómeno con los ejemplos de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de guerrillas de Mao, y la Guerra Fría: la ideología maoísta da preponderancia al primer elemento (el pueblo), los occidentales al segundo (el ejército) y los soviéticos al tercero (el Estado). “La verdad está en el pueblo” dicen los ideólogos de Pekín; “la diplomacia es violenta”, afirman los americanos; “la intención política es la ley suprema”, dicen los teóricos de Moscú. Cada uno, concluye Aron, debe aprender algo de los otros dos (Aron, 1976, Tomo II:278).

La Guerra Fría y el entendimiento político

El modelo abstracto de la guerra absoluta, es decir, el duelo entre los dos luchadores que tiende hacia los extremos, no toma en cuenta ni el origen ni los fines de la guerra (Aron, 1976, vol.1:110). Por el contrario, no podemos separar la guerra real de sus fines y sus orígenes: los Estados no son como los luchadores, se conocen y volverán a encontrarse después de finalizada la guerra y firmada la paz. Es la política la que establece el contraste entre la guerra absoluta y la guerra real, evitando la escalada hacia los extremos; el Estado no se reducirá jamás a la simplicidad del luchador (Aron, 2005:34). Como lo manifiesta la famosa fórmula, la guerra es la continuación de la política por otros medios.

Aron lo ilustra con el comportamiento de la Unión Soviética y los Estados Unidos, a propósito del uso de las armas nucleares durante la Guerra Fría. La ascensión a los extremos –sueño puramente lógico, según Clausewitz– destino posible de los actores atómicos,

se frena de inmediato en el momento en que uno substituye los luchadores del modelo simplificado por los sujetos históricos: los estados se conocen, saben también, aproximadamente, lo que deben temer. La comunicación entre los enemigos, fundada sobre la experiencia histórica, contribuye, en períodos no revolucionarios, a moderar los excesos guerreros. La pregunta que no cesa de ponerse Glucksmann –¿quién limitará las guerras limitadas?– no recibe una respuesta diferente en la edad nuclear que en la era napoleónica: el entendimiento político (Aron, 1976, Tomo II:237).

“Hermanos enemigos” (Aron, 1963), los actores atómicos tienen a la vez intereses opuestos e intereses comunes. La ideología dicta los primeros, el entendimiento político los segundos. La ideología los lleva a confrontaciones limitadas, la necesidad común de la supervivencia a evitar el holocausto nuclear.²³

La Fórmula es el canon que lo lleva a afirmar que la Guerra Fría no es una guerra sino un conflicto, una rivalidad (*Ibid.*:238-239), a no ser que

por un gusto excesivo por las metáforas se conciba una rivalidad como una guerra. La guerra, de acuerdo a Clausewitz, requiere que se combine el medio específico de la guerra (el recurso uso a las armas) con la intención política. Sin intención política, dos grupos de hombres pueden combatirse, pero no se hacen la guerra. A la inversa, dos Estados con objetivos incompatibles, si no recurren a las armas tampoco se hacen la guerra (*Ibid.*:271). El conflicto entre las dos superpotencias no es una guerra, porque las armas atómicas no transponen el umbral de la amenaza. La confusión nace de rotular como guerra lo que luego de 1945 es una diplomacia que, en mayor medida que la tradicional, integra la violencia (*Ibid.*:239).

Más allá de la bipolaridad ideológica a nivel planetario, las dos superpotencias actúan como los Estados del pasado: “No se libran una lucha a muerte, y su rivalidad se mantiene dentro de ciertos límites, compatibles con la no-guerra y aún con la atenuación de las tensiones bélicas en tiempos de paz” (*Ibid.*:258).²⁴ La distensión entre las dos superpotencias revela sencillamente la conducta tradicional de un Estado, de cualquier Estado, en tiempos de paz.

Sólo en las regiones periféricas el conflicto se asemeja a la guerra. Cuando al menos alguno de ellos reivindica una ideología universal, “las relaciones entre las sociedades, al margen de las relaciones entre los Estados revisten, por una parte el carácter de un conflicto civil, de una lucha partisana” (*Ibid.*:249). Esto ocurre claramente cuando “la ideología de vocación universal de uno de los grandes estados encuentra, para encarnarla y extenderla, un partido al interior de otros Estados” (*Ibid.*:249).

Imbricación de luchas externas e internas, militares e ideológicas, que encontró su punto culminante en el período inmediato posterior de la Segunda Guerra Mundial, y que recuerda según Aron a las guerras de religión europeas de los siglos XVI y XVII. Por la imbricación entre las luchas externas e internas, estos conflictos tienen, según Aron, aspectos de guerra extranjera y guerra civil, y se sitúan en el medio de los polos, con elementos de la estrategia de aniquilamiento –la guerra civil– y de la observación armada –la guerra extranjera: “La guerra civil exige lógicamente una victoria radical de uno de los partidos, una guerra extranjera tolera compromisos” (*Ibid.*:246).

Podemos ahora comparar el pensamiento de Aron acerca de la Guerra Fría con la visión de Carl Schmitt y la de Samuel Huntington. En lugar de la dialéctica amigo/enemigo de Schmitt, que reclama una gran decisión a favor de uno u otro de los contrincantes, las armas atómicas para Aron convierten a los protagonistas en “hermanos enemigos” y conducen a la disuasión en lugar de la decisión; una cosa y la otra (*sowohl als auch*) en vez de una cosa o la otra (*entweder oder*). La paz se ubica en el centro y el conflicto en la periferia; los protagonistas piensan la guerra, en lugar de hacerla. Es decir, los expertos en seguridad, los institutos académicos y los Estados mayores teorizan sobre las probabilidades y consecuencias de los conflictos atómicos limitados.

Por otro lado, con el conflicto entre las civilizaciones Huntington (1996) anuncia una enemistad cultural, más radical e intensa que la oposición ideológica de la Guerra Fría. Como Donoso Cortés o Schmitt, Huntington conjura “una gran decisión en favor de Dios o el ateísmo”, es decir, a favor de una u otra civilización.

En contraste con la escatología explícita de Schmitt y la escatología contenida de Huntington, la visión de Aron sobre la Guerra Fría lo emparenta con Tucídides: ambas reflexiones destilan un espíritu de *detachment*, la renuncia a la emoción del momento,²⁵ la austeridad de la razón, templada solamente por la calidez del estilo.

Conclusiones

Las comparaciones entre las intuiciones de Aron y la de autores como Lipset, Sartori o incluso Germani,²⁶ podrían inducirnos a una primera valoración del aporte intelectual de Aron como un precursor de la ciencia política contemporánea. Poco citado –salvo excepciones como Daniel Bell, seguidores como Francois Bourricaud o discípulos como Stanley Hoffman–, Aron sufrió el destino ingrato que les cabe a los precursores. Sin embargo, catalogarlo como un precursor empequeñecería la significación de su obra y el alcance de su pensamiento, extendido a cuestiones históricas, filosóficas, sociológicas y metodológicas.

Como intenté señalar en estas páginas, considerarlo como un teórico de la lucha política pacífica y a la vez un teórico de la guerra podría ser un punto de partida insoslayable para situar su reflexión en una justa dimensión. Así, Aron revela la misma pulsión que encontramos en Tucídides, para quien el destino del animal político era el de vivir en la ciudad, y el destino de las ciudades era hacerse la guerra. Al igual que el escritor griego, el francés demostró interés y pasión tanto por su “ciudad” (expresados en sus escritos sobre las tres repúblicas francesas que le tocó vivir: la III, la IV y la V), como por analizar los fenómenos bélicos (en sus escritos sobre las dos guerras mundiales, la Guerra Fría y la guerra de guerrillas).²⁷

Puede decirse que su reflexión sobre vivir en la ciudad, sobre los avatares de la democracia francesa, tiene dos etapas. En la primera –apenas instaurada la IV República y hasta fines de los años ‘40– su preocupación es la amenaza que se cierne sobre la supervivencia del régimen republicano: el comunismo. En los años finales de la IV República, en cambio, orienta su reflexión el anhelo de que Francia deje de ser “el hombre enfermo de Europa” (como lo había sido el Imperio turco antes de la Primera Guerra Mundial. Ver Aron, 1983:126) y que logre dotarse de instituciones estables, de “un régimen honorable que la ponga a la altura de sus vecinos y aliados europeos” (Aron, 1996:727).²⁸

En su tesis doctoral *Introducción a la filosofía de la historia* (escrita a principios de los años ‘30 cuando era asistente en la Universidad de Colonia en Alemania) encontramos las claves para entender a Aron. Según relataría décadas después, Aron había elegido ser un “observador comprometido”, es decir, ser actor y observador a la vez, y escribió el libro “para mostrar los límites dentro de los cuales se puede ser observador y actor a la vez. Eran los límites de la ‘objetividad histórica’”. Este subtítulo no significaba que despreciase la objetividad sino, por el contrario que cuanto más objetivo se desea ser “mayor necesidad se tiene de saber desde qué punto de vista, desde qué posición uno se expresa y observa el mundo” (Aron, 1983b:275).

Su texto de 1937 trasciende el grado meramente académico y se convierte en una tesis en sentido filosófico, es decir, el hilo conductor que nos permite entender su obra posterior, su prólogo y su epílogo, porque ofrece los elementos

para una posterior rendición de cuentas. Esto es, nos permite ver de qué manera el pensador cumplió con el proyecto de ser un “observador comprometido”. Por un lado, ese compromiso le exigía ser “responsable a cada instante, siempre inclinado a preguntarme ¿qué podría hacer en lugar de quien gobierna?” (Aron, 1983:56), y lo emancipaba así de posturas como la de Alain, el filósofo en boga que predicaba *l’homme contra les pouvoirs* e inclinaba al ciudadano a arrogarse inmediatamente la irresponsabilidad.

Por otro lado, en repetidas ocasiones recurrió al ejemplo de la opción entre la guerra y la paz, para ilustrar de qué modo el análisis del intelectual no difiere de los dilemas a los que se enfrenta el hombre de Estado, donde se revelan las aporías del ser humano como sujeto histórico, “ser que conoce lo posible y tiende a lo imposible, que sufre la historia y la quiere elegir” (Aron, 1986:411). Siguiendo a Max Weber, si bien diferenciaba las esferas respectivas del científico y del político, al analizar las relaciones entre causa y efecto Aron buscaba responder también a las necesidades del hombre de Estado, sin por ello otorgar status científico a las decisiones de éste.²⁹ Quien decide, gobernante o ciudadano, no sólo plasma el curso de los acontecimientos en una dirección u otra; toda decisión o elección se confunde con una decisión sobre uno mismo, porque ella tiene por origen y por objeto su propia existencia. Con más razón para el observador comprometido, actor y observador a la vez (Aron, 1986:416).

La decisión difiere en su significado según las circunstancias: en las épocas de tranquilidad en las cuales el régimen político no se pone en cuestión,

La vida privada se desarrollaba al margen de los asuntos públicos, y donde la profesión no tenía nada que temer (o casi nada) del poder, la política aparecía como una especialidad, libra a algunos profesionales, ocupación como las otras, más apasionante que sería (Aron, 1986:416).

En los períodos críticos, las decisiones políticas revelan en cambio su naturaleza de decisiones históricas (*Ibid.*:408). Aron, que abominaba de la monserga del compromiso permanente, distintivo usual de las almas bellas de la profesión intelectual, asumió en cambio sus *engagements* en todos

los episodios de crisis histórica. Sus decisiones fueron tanto políticas como personales. Lo fue su decisión de abandonar Francia e ir a Londres con De Gaulle, luego de la invasión alemana y de la instalación del régimen de Vichy; lo fue su opción por la Alianza atlántica en contra del neutralismo, su opción por el RPF de De Gaulle ante la amenaza comunista, y su opción por la independencia de Argelia en 1957. Su obra intelectual ilumina esas decisiones y es también en parte fruto de ellas.³⁰

A modo de conclusión, remitámonos nuevamente al pensador griego Tucídides –historiador y teórico– de quien Aron admiraba el arte de pasar del acontecimiento al concepto sin solución de continuidad (Aron, 1964). Nosotros descubrimos y admiramos en el pensador francés una capacidad similar: periodista y teórico, poseía del primero la maestría para capturar el instante, y del segundo el rigor para destilarlo en un concepto. Su capacidad de síntesis quedó acuñada en las famosas fórmulas sobre la guerra fría como un escenario de “paz improbable, guerra imposible” (Aron, 1948); en la definición sobre la naturaleza del equilibrio bipolar, mezcla de conflicto y cooperación entre las dos superpotencias nucleares, “hermanos enemigos obligados a una dialéctica de la disuasión, la persuasión y la subversión” (Aron, 1963:210); en su diagnóstico sobre la *malaise* política francesa, con regímenes que combinaban los vicios del parlamentarismo de notables con los vicios del parlamentarismo de partidos, en una mezcla de cambio e inmovilismo, de crisis menores que se resolvían con un cambio de gobierno y de crisis mayores que obligaban a mudar de régimen: Francia era “inmutable y cambiante” (Aron, 1959).³¹

Si en su *Guerra del Peloponeso* Tucídides logró plasmar el anhelo de que su obra se convirtiese en edificio para todos los siglos, Aron nos legó una “posesión” más modesta pero de todas maneras importante, ya que no entenderemos del todo el siglo XX sin leer sus escritos. Más allá de las circunstancias históricas, aquellos para quienes, como el que escribe, Aron fue su primera gran revelación intelectual, podrán preguntarse cómo hubiese reflexionado, qué respuesta hubiese dado Aron frente a tal o cual problema. El pensador francés será siempre para algunos una suerte de imperativo categórico, moral e intelectual.

NOTAS

- 1 Si bien Aron titula este acápite “La corrupción que se debe a las consecuencias del propio sistema de competición”, su argumento se centra en las consecuencias nocivas a que puede dar origen el espíritu de compromiso. Como se verá más adelante, en el capítulo 5 del libro el autor desarrolla desde otra óptica cuál es la acción propia del sistema de competición (Aron, 1999:61-62).
- 2 Este texto es una impresión del curso que Aron dio en la Escuela Nacional de Administración en el año 1952 y que fue corregido por su autor (Aron, 1999:123).
- 3 Atentos a la experiencia nacional e internacional, y tal como lo recoge la literatura especializada, agreguemos un sistema judicial y bancos centrales independientes.
- 4 Al enumerar las causas de la revolución de 1848, y repasando los vicios de la clase dominante, Tocqueville señala que el rey Luis Felipe contribuyó a aumentarlos, ya que “fue el accidente que convirtió la enfermedad en incurable” (Tocqueville, 1964:31).
- 5 El 6 de febrero de 1956 el entonces presidente del Consejo de Ministros, el socialista Guy Mollet, recibido a tomatazos por manifestantes de los colonos franceses, se vio obligado a cambiar la designación del Residente –el representante del gobierno francés en Argelia–, el general Catroux, que tenía fama de liberal, por R. Lacoste, más cercano en sus opiniones a la posición de los ultra-argelinos. Este episodio es considerado el precedente directo de los episodios que en 1958 pusieron fin a la IV República.
- 6 Hay una tercera causa, la disociación entre el poder político y el poder social, que será analizada más adelante.
- 7 Nuestras citas son de la reedición de 1998, una elaboración del curso de 1957-58.
- 8 Los otros tres planos que a su juicio afectaban el funcionamiento o no de un régimen, eran el de la cultura política, el del diseño constitucional y el de la intensidad del conflicto de clases. Ninguna de estas razones son incompatible entre sí, y pueden presentarse juntas.
- 9 “El coraje militar era de ‘aguantar’, el coraje político era el de poner fin a una guerra vana” (Aron, 1958:115).
- 10 Alianza inusual o sorprendente porque hasta ese momento el ejército había tenido como objetivo principal y siguiendo los principios de la guerra contrarrevolucionaria que lo enfrentaba a los atentados del nacionalismo argelino, ganarse el apoyo de la población musulmana.
- 11 Esto no implicaba que Aron compartiese ni la interpretación ni la condena política y moral absoluta que hacía el general De Gaulle al régimen de Vichy y de Petáin.
- 12 Aron sostenía que la objeción marxista no había perdido frescura, frente a cierta complacencia de los privilegiados, inclinados a desentenderse de la miseria de la mayoría siempre que sus libertades formales fueran respetadas. Pero fiel a su idea de que la libertad tiene un contenido dado por las circunstancias, inmediatamente agrega que “el día que, con la excusa de la libertad real, la autoridad del Estado se extienda al conjunto de la sociedad y tienda a no reconocer esfera privada alguna, son precisamente las libertades formales las que reivindican los intelectuales y las masas” (1991:55).

- 13 Es posible que Aron tuviese en mente la Prusia absolutista del siglo XIX y/o la monarquía burguesa de Luis Felipe entre 1830-1848. Este último era un régimen liberal con Estado de derecho, parlamento, y una opinión pública relativamente independiente, pero donde el cuerpo electoral estaba restringido a los 300.000 contribuyentes con derecho a voto.
- 14 Si bien sus consecuencias últimas lo alejan de este autor (Olson, 1982).
- 15 El actual contraste entre Chile y Uruguay con Venezuela representa un nuevo acertijo para las tensiones entre libertad e igualdad. Chávez, abanderado de la igualdad, logró reducir la pobreza a la mitad, pero Chile y Uruguay, así como Brasil, parecen haber tenido logros más sólidos en materia de reducción de la pobreza respetando las libertades públicas, de las que tuvo Chávez restringiéndolas. Frente a este panorama podemos hacer nuestra la conclusión de Aron en los '60: "Las sociedades occidentales de hoy en día tienen un triple ideal: la ciudadanía burguesa, la eficiencia técnica y el derecho de cada uno de elegir el camino de su felicidad. No tengamos la ingenuidad de creer que es fácil realizar las tres simultáneamente" (1991a:70). Con más optimismo que el suyo, opino que Uruguay y Chile demuestran que, si bien no es fácil, al menos es posible.
- 16 Albert Thibaudet (1922) señala el paralelismo entre la guerra del Peloponeso y la Primera Guerra Mundial.
- 17 Este es el título en el original francés *Les guerres en chaîne* y de su traducción norteamericana *A Century of Total War*. Tanto el traductor de la edición argentina como el de la americana, extrapolan la idea de la guerra total a la guerra fría. Pero Aron se inclina ya en este texto, pero sobre todo en su obra sobre Clausewitz, a definirla como un sustituto de la guerra total. Los hermanos enemigos piensan la guerra y se libran a una diplomacia que hace a veces uso de la violencia, pero que lejos está de ser una guerra total.
- 18 Fue excesivo porque Austria exigía que en la investigación del atentado participasen funcionarios austríacos.
- 19 Aron dice que en 1914 nadie consideraba que la guerra fuese un crimen. Desencadenar la guerra no era un acto criminal porque los europeos desde siempre se habían hecho la guerra. Fue por su carácter hiperbólico, por las consecuencias no deseadas de la guerra que esta adquirió un carácter monstruoso (1996:278). Podemos agregar que todavía tampoco Aron en 1937 pensaba que los responsables eran también culpables.
- 20 En 1888 Bismarck se había referido en forma premonitoria a la posibilidad de que en los Balcanes un país diese el pretexto para encender un conflicto mundial, señalando precisamente la desproporción como fruto de una decisión errónea, entre lo poco que estaba en juego, es decir un conflicto menor, y su resultado, una catástrofe de proporciones históricas. A propósito de Bulgaria, sostuvo que "ese pequeño país entre el Danubio y los Balcanes, no es ningún objeto lo suficientemente relevante, como para involucrar a Europa en una guerra de Moscú a los Pirineos, del mar Báltico hasta Palermo, cuyo resultado nadie puede prever y al final de la cual uno no sabría los motivos que desencadenaron el conflicto" (Golo Mann, 1971). Como dice Golo Mann, que en 1914 se tratase de Serbia y no de Bulgaria, no implica desde el punto de vista filosófico ninguna diferencia. En rigor, como sostiene A.J.P. Taylor, a pesar de sus intentos de mantener a Alemania alejada del intrínquilis balcánico, una vez asumido su compromiso de que sus alianzas con Austria

Hungría tenían como único objetivo preservar y garantizar la monarquía de los Habsburgo, siempre existía el riesgo de que Alemania se viese envuelta en las querellas austríacas en los Balcanes. Más allá de sus reiteradas afirmaciones de que no estaba dispuesto a sacrificar los huesos de un sólo granadero pomeranio en los Balcanes o en el Mediterráneo, Bismarck creó las condiciones para que sus sucesores, atados a esa alianza, crearan las condiciones que llevaron al conflicto de 1914 (Taylor, 1992:259).

- 21 En alemán significa en sentido literal derribar, echar por tierra.
- 22 Las condiciones para este escenario son que la guerra sea: 1) Un acto aislado. Es como si se originase de repente, y no tuviese ninguna relación con la vida anterior del Estado. 2) Fruto de una única decisión o fuera el fruto de una serie de decisiones simultáneas. 3) Una decisión limitada a sí misma, sin consecuencias para el resultado político que genera, como si este último a través de un cálculo anticipado no repercutiera ya sobre la guerra (Aron, 2005).
- 23 “La sospecha mantiene la rivalidad de los armamentos: el interés común frena la ascensión a los extremos y conduce a la observación armada” (Aron, 1976, Tomo II:238).
- 24 “Es en los terceros países alineados o no alineados que la rivalidad ruso-americana asume una intensidad, por instantes, una violencia que la acerca a la guerra” (*Ibid.*:249).
- 25 Son los términos con los cuales Aron define a Tucídides y que nosotros aplicamos a Aron. La afinidad entre ambos aparece con claridad en Aron (1964).
- 26 Según Samuel Amaral (s/f), Germani reconoce que el concepto de “masas disponibles” fue acuñado por Aron para entender el origen del nazismo, mientras que Germani lo aplicó a los orígenes del peronismo. La expresión figura en Aron (1936:299-320) y Aron (1973: 283).
- 27 Este pasaje que Aron escribió a propósito del historiador griego, sintetiza su propio pensamiento: “La política es dialéctica cuando se desarrolla entre hombres que se reconocen recíprocamente [aclaramos, los miembros de una misma ciudad]. Ella es guerra cuando opone a los hombres que, no obstante reconocer recíprocamente su libertad, se consideran extranjeros unos a los otros, miembros de ciudades, cada una celosa de su independencia total. Simultáneamente nos damos cuenta porque la guerra es la culminación de la política, al mismo tiempo que su negación” (Aron, 1964:116-117).
- 28 Aron acertadamente señalaba que el gobierno de Asamblea de la IV República no estaba dominado ni por partidos disciplinados ni por personalidades independientes de los partidos, sino que acumulaba las características y las faltas de ambos tipos de parlamentarismos, tanto el dominado por los partidos como el dominado por las personalidades (Aron, 1996:727).
- 29 “Una teoría de la acción es una teoría del *riesgo* al mismo tiempo que una teoría de la causalidad (...) Una ciencia que analice las relaciones de causa y efecto, como Max Weber deseaba para la teoría, es así también la misma que responde a las necesidades del hombre de acción. La teoría de la causalidad histórica basada sobre el cálculo retrospectivo de posibilidades (que habría pasado si...) no es otra cosa que la reconstitución aproximada de las deliberaciones que tuvieron o pudieron tener los actores” (Aron, 1975:11).
- 30 Exiliado en Inglaterra luego de la ocupación alemana, y enrolado en la resistencia gaullista, su compromiso político no turbaba su equilibrio. Ocupada Francia por los nazis y divididos

los franceses entre los seguidores de Petáin y los seguidores de De Gaulle, Aron se manifestaba como un propulsor aislado de lo que él denominaba una política del entendimiento, donde “la estrategia está hecha de una táctica que se renueva indefinidamente (...) La política del entendimiento –Max Weber, Alain– busca salvaguardar ciertos bienes, la paz, la libertad, o alcanzar un objetivo único, la grandeza nacional, en situaciones nuevas que se suceden sin organizarse” (*Introducción*, p. 413). En este caso para Aron el bien máspreciado era la unidad de los franceses, es decir, evitar la guerra civil. La firma del armisticio había dividido a Francia entre la zona ocupada por los Alemanes y la llamada zona libre del régimen de Petáin. El armisticio que puso fin a las hostilidades pero no al estado de guerra entre los beligerantes, le había permitido a Vichy conservar el imperio, la flota y lo que quedaba del ejército. Cuando la relación de fuerzas se modificase en contra de Alemania, existía la posibilidad de que Petáin y los *atteintistes* cambiaran de bando y se uniesen a los aliados. Aron diferenciaba claramente a estos últimos de los colaboracionistas, es decir la derecha radical partidaria de una alianza ideológica con la Alemania nazi. A diferencia de De Gaulle y sus seguidores ortodoxos para quienes la política de Vichy *vis a vis* de los alemanes significaba colaborar con el enemigo, para Aron la acusación más grave que se le podía hacer a Vichy era que en noviembre de 1942 luego del desembarco de una fuerza anglo-americana Pétain no se hubiese trasladado al norte de África poniendo fin a la colaboración, reanudando la guerra contra Alemania, y restaurando la unidad de los franceses divididos entre petainistas y gaullistas (Aron, 1983b:78-81).

- 31 Aron consideraba *Paz y guerra entre las naciones* como un libro del que años después veía los defectos, por los aspectos periodísticos que debería haber evitado, y consideraba que sus mejores libros eran los que no tenían nada de periodístico: *L'introduction a la philosophie de l'histoire, Historie et dialectique de la violence* y *Clausewitz* (Aron, 1983b:269 y 274). Nosotros compartimos, por el contrario, el juicio de Pierre Hassner, para quienes libros como *Le Grand Schisme* y *Les guerres en chaine*, híbridos de teoría y periodismo, permiten comprender mejor la empresa intelectual de Aron y la significación histórica de nuestra época (Hassner,226).

REFERENCIAS

- Amaral, Samuel, “El líder y las masas: fascismo y peronismo en Gino Germani”, *Documento de trabajo N° 371*, Buenos Aires, UCEMA.
- Aron, Raymond, 1948, *Le Grand Schisme*, Paris: Gallimard.
- Aron, Raymond, 1957, *Espoir et peur du siècle. Essais non partisans*, Paris: Calmann-Lévy.
- Aron, Raymond, 1958, *L'Algérie et la République*, Paris: Plon.
- Aron, Raymond, 1959, *Immuable et changeante. De la IV° a la V° République*, Paris: Calmann-Lévy.

- Aron, Raymond, 1963, *Paz y guerra entre las naciones*, Revista de Occidente.
- Aron, Raymond, 1964, "Thucydide et le récit historique", en Aron (1961).
- Aron, Raymond, 1961, *Dimensions de la conscience historique*, Paris: Plon (Hay versión en español de Ed. Tecnos).
- Aron, Raymond, 1965, *Démocratie et totalitarisme*, Paris: Gallimard.
- Aron, Raymond, 1973, *Un siglo de guerra total*, Editorial Rioplatense.
- Aron, Raymond, 1975 (1959), "Introducción", en Weber (1975).
- Aron, Raymond, 1976, *Penser la guerre, Clausewitz*, 2 volumes, Paris: Gallimard.
- Aron, Raymond, 1983, *Mémoires, 50 ans de réflexion politique*, 2 volumes, Paris: Julliard.
- Aron, Raymond, 1983b, *El observador comprometido (entrevistas con Jean-Louis Missika y Dominique Wolton)*, Buenos Aires: Emecé.
- Aron, Raymond, 1936, "Une révolution antiproletarienne: ideologie et réalité du national-socialisme", en *Commentaire* (1985).
- Aron, Raymond, 1986, *Introduction a la philosophie de l'histoire*, Paris: Gallimard.
- Aron, Raymond, 1991a, *Ensayo sobre las libertades*, Madrid: Alianza Editorial.
- Aron, Raymond, 1991b, *L'opium des intellectuels*, Paris: Calmman-Lévy.
- Aron, Raymond, 1993, *Über Deutschland und den Nationalsozialismus*, ed. Joachim Stark Leske & Budrich.
- Aron, Raymond, 1996, *Lecciones sobre la historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Aron, Raymond, 1997a, "A propósito de la teoría política", en Aron (1997).
- Aron, Raymond, 1997, *Estudios políticos*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Aron, Raymond, 1997b, "La definición liberal de la libertad", en Aron (1997).
- Aron, Raymond, 1999, *Introducción a la filosofía política*, Buenos Aires: Paidós.
- Aron, Raymond, "Clausewitz et la guerre populaire", en Aron (2005).
- Aron, Raymond (comp.), 2005, *Sur Clausewitz*, Paris: Complexe. (Hay edición castellana: Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.)
- Bobbio, Norberto, 1987, *Il futuro de la democrazia*, Roma: Einaudi.
- Casanova, Jean-Claude, 1983, Raymond Aron et la politique française *Commentaire* *Commentaire*, 1985, *Raymond Aron (1905-83). Histoire et Politique*, Paris: Julliard.
- Clausewitz, Carl von, 1972, *Vom Kriege*, Dümmler Verlag.
- Hassner, Pierre, 1983 "L'histoire du XXe siècle", en *Raymond Aron 1005-1983 Histoire et Politique*. Julliard
- Hayek, Friedrich von, 1990, *The Constitution of Liberty*, Routledge and Kegan Paul.

- Huntington, Samuel, 1968, *Political Order in Changing Societies*, Princeton: Yale University Press.
- Huntington, Samuel, 1981, *American Politics: The Promise of Disharmony*, Cambridge: Harvard University Press.
- Huntington, Samuel, 1991, *The Third Wave*, Oklahoma: University of Oklahoma Press.
- Huntington, Samuel, 1996, *The clash of civilizations*, New York: Simon & Schuster.
- Lipset, Samuel M., 2001, *El hombre político*, Buenos Aires: Eudeba.
- Linz, Juan, 1978, *Crisis, Breakdown and Reequilibration*, Baltimore: John Hopkins University Press (Hay versión española de Alianza).
- Manent, Pierre, 1983, "Raymond Aron" en *European Liberty*, Martinus Nijhoff
- Mann, Golo, 1971, "Bismarck", en Gall, Lothar, comp., *Das Bismarck-Problem*, Kiepenhauer & Witsch.
- Mommsen, Wolfgang, 1990, *Der Geist von 1914: Das Progam eines politischen Sonderwegs der Deutschen en Wolfgang Mommsen Der autoritäre Nationalstaat*, Fischer Verlag
- Olson, Mancur, 1982, *El auge y la decadencia de las naciones*, Madrid: Ariel.
- Sartori, Giovanni, 1995, "¿How Far Can Free Government Travel?", *Journal of Democracy* N° 3, pp. 101-111.
- Sartori, Giovanni, 1999, "From the Sociology of Politics to Political Sociology", en Lipset, S.M. (comp.), *Politics and the Social Sciences*, Oxford: Oxford University Press.
- Taylor, A.J.P, 1992, *The Struggle for the Mastery of Europe: 1848-1918*, Oxford: Oxford University Press.
- Thibaudet, Albert, 1922, *La Campagne avec Tucidide*, Paris.
- Tocqueville, Alexis de, 1992, *La démocratie en Amérique*, Tomo 1, Paris: Gallimard.
- Tocqueville Alexis de, 1964, *Souvenirs*, Paris: Gallimard.
- Tocqueville, Alexis de, 1992, *L'Áncien Régime et la Révolution*, Libro II, Paris: Gallimard).
- Weber Max, 1975, *El político y el científico*, Madrid: Alianza Editorial.